



ENGLISH/ ESPAÑOL

Statement

15 April 2016

Civic space restrictions and violence against activists obstruct efforts to promote good governance and sustainable development in Latin America

Civic space is the lifeblood of any healthy society, as it gives citizens an opportunity to shape the decisions that affect their lives. In recent years, governments throughout Latin America have officially recognised the value of civil society and civic space by taking part in a number of international declarations, global initiatives and government-CSO partnerships. However, despite being protected under international law, the basic freedoms integral to a healthy civic space - those of association, peaceful assembly, and expression – currently suffer severe restrictions in countries across the region, obstructing efforts to build more just, inclusive and peaceful societies.

Across Latin America, the state's coercive power is being increased under the excuse of maintaining public order. Legislation allowing for more authoritarian policing of protests has been passed or proposed in several countries, and protests are often violently suppressed. Repression of demonstrations does not always take place on the national stage or under the spotlight of the international media, as in the 2014 repression that left scores of people dead on the streets of Venezuela's capital, Caracas or the case of 43 students from a rural teaching college in Ayotzinapa, Mexico who went missing on their way to a protest. More often than not, extreme repression occurs in remote rural settings, and disproportionately affects vulnerable and marginalised groups, such as women, young people and indigenous communities. This happens in nearly every country of the region, and is probably happening somewhere right now, at this very moment.

Conditions for the exercise of the freedom of expression are deteriorating for various reasons, including increased media concentration and open conflict between governments and critical media. Defamation remains a criminal offence in most of the region and has resulted in the imprisonment of journalists and civil society activists in more than twenty countries over the past few years. Judicial persecution and violence against journalists, civil society organisations, and activists exposing the truth have also become pressing concerns. In 2015, dozens of journalists were murdered for doing their jobs, with the highest numbers of deaths recorded in Brazil, Mexico, Colombia and Guatemala, in that order.

Obstacles for the exercise of freedom of association take various forms, including legal restrictions, financial asphyxiation, increased scrutiny, smear campaigns, and moves to forcibly shut down CSOs. But it is human rights defenders who are being hit the hardest – on their own bodies. They are being subjected to arbitrary arrests and imprisonment and they are being

intimidated, threatened and assassinated in growing numbers. Dangers arise from the actions and inaction of both state and non-state actors – and more often than not, from the web of complicity linking business interests (built around legal and/or illegal activities), elements of the security forces and local public officials. As recently happened in Honduras in the cases of Berta Cáceres and her fellow activist Nelson García, the majority of these killings occur in the context of struggles over land and water, and against the advances of aggressive extractive, agribusiness or construction megaprojects that threaten the livelihoods of local communities. Land, environmental, and indigenous rights activists are therefore specifically targeted, a situation that has become particularly serious in Brazil, Colombia, Guatemala, Honduras, Mexico, Paraguay and Peru.

The international and regional civil society organisations constituting the International Civil Society Week 2016 Steering Committee strongly condemn these acts of persecution and killings, and demand justice for all assassinated civil society activists, those in jail, suffering attacks and persecution. We urge governments to ensure that their national judicial and human rights institutions are able to carry out prompt and impartial investigations without fear of reprisals. We recommend the establishment and proper implementation of preventative measures and strong investigative commitments integrating a protection system specifically equipped to shield human rights defenders and communicators, addressing as well the specific, gender, sexual orientation and gender identity-based threats that women and LGBTI human rights defenders face. Additionally, we urge the adoption of laws and policies allowing for greater civil society engagement in decision-making processes.

We call upon governments in the region to rise to the level of their own commitments and work to guarantee the exercise of the freedoms of association, peaceful assembly, and expression, thereby creating an enabling environment for civil society to contribute to good governance and sustainable development.

Declaración

15 de abril de 2016

Las restricciones al espacio cívico y la violencia contra activistas obstaculizan los esfuerzos para promover el buen gobierno y el desarrollo sustentable en América Latina

El espacio cívico es el elemento vital de toda sociedad sana, ya que confiere a la ciudadanía la oportunidad de moldear las decisiones que afectan sus vidas. En años recientes, los gobiernos de la región han reconocido oficialmente el valor de la sociedad civil y el espacio cívico mediante su participación en una serie de declaraciones internacionales, iniciativas globales y emprendimientos conjuntos con organizaciones de la sociedad civil. Sin embargo, a pesar de estar protegidas por el derecho internacional, las libertades básicas esenciales para el mantenimiento del espacio cívico –las de asociación, protesta pacífica y expresión- sufren actualmente severas restricciones en numerosos países de la región, obstaculizando los esfuerzos dirigidos a construir sociedades más justas, inclusivas y pacíficas.

América Latina ha presenciado recientemente aumentos en el poder coercitivo del Estado impuestos con la excusa de mantener el orden público. En varios países se han aprobado o propuesto legislaciones que permitirían un manejo más autoritario de las protestas, y las manifestaciones públicas son frecuentemente reprimidas con violencia. Esta represión no

siempre tiene lugar en la escena nacional o bajo los reflectores de los medios de comunicación internacionales, como sucedió con la represión que en 2014 dejó decenas de muertos en las calles de Caracas, Venezuela, o en el caso de los 43 estudiantes de magisterio rural en Ayotzinapa, México, que desaparecieron en camino a una protesta. En la mayoría de los casos la represión violenta ocurre en remotas localidades rurales y afecta desproporcionadamente a grupos vulnerables y marginados, como las mujeres, los jóvenes y las comunidades indígenas. Esto sucede en prácticamente todos los países de la región, y probablemente esté sucediendo en alguna parte en este preciso momento.

Las condiciones para el ejercicio de la libertad de expresión se están deteriorando por varias razones, entre ellas el aumento de la concentración de la propiedad de los medios y el conflicto desatado entre gobiernos y medios de comunicación críticos. La difamación sigue siendo un delito penal en la mayor parte de la región y ha resultado en el encarcelamiento de periodistas y activistas de la sociedad civil en más de veinte países en los últimos años. El acoso judicial y la violencia contra periodistas, organizaciones de la sociedad civil y activistas con un compromiso con la verdad constituyen también preocupaciones apremiantes. Decenas de periodistas fueron asesinados en la región durante 2015 por hacer su trabajo; Brasil, México, Colombia y Guatemala fueron, en ese orden, los países con mayor número de muertos.

Los obstáculos para el ejercicio de la libertad de asociación adoptan formas diversas, entre las que se cuentan las restricciones legales, la asfixia financiera, el control excesivo, las campañas de difamación, y el cierre forzado de OSC. Pero son los defensores y defensoras de derechos humanos quienes están siendo más fuertemente golpeados –literalmente, en sus propios cuerpos. Se los detiene y encarcela arbitrariamente, padecen intimidaciones y amenazas, y son cada vez más los que acaban siendo asesinados. Los peligros provienen de las acciones y la inacción de entidades tanto estatales como no estatales –y, con frecuencia cada vez mayor, de la red de complicidad que vincula a intereses empresariales (construidos en torno de actividades tanto legales como ilegales), elementos de las fuerzas de seguridad y autoridades locales. Tal como sucediera recientemente en Honduras en los casos de Berta Cáceres y su colega Nelson García, la mayor parte de los asesinatos de activistas de derechos humanos ocurre en el contexto de luchas por la tierra y el agua, y contra los avances de agresivos megaproyectos extractivos, agroindustriales o de construcción que hacen peligrar los medios de vida de las comunidades locales. De ahí que los activistas ambientalistas y los que abogan por el derecho a la tierra y los derechos de los pueblos indígenas sean blancos preferenciales. Esta situación es particularmente grave en Brasil, Colombia, Guatemala, Honduras, México, Paraguay y Perú.

Las organizaciones internacionales y regionales de la sociedad civil que integramos el Comité Directivo de la Semana Internacional de la Sociedad Civil 2016 condenamos enérgicamente estos actos de persecución y asesinatos, y demandamos justicia para todos los activistas de la sociedad civil asesinados, presos, así como los que sufren amenazas y persecución. Instamos a los gobiernos a asegurar las condiciones para que las instituciones judiciales y de derechos humanos de sus respectivos países puedan llevar a cabo investigaciones rápidas e imparciales sin temor a represalias. Recomendamos el establecimiento y la cuidadosa implementación de medidas preventivas y fuertes compromisos de investigación que integren un sistema de protección específicamente equipado para resguardar a los defensores de derechos humanos y comunicadores sociales, abordando también las amenazas específicas que por razones de género, de orientación sexual y de identidad de género enfrentan las defensoras mujeres y los activistas LGBTI. Asimismo, los instamos a adoptar leyes y políticas que permitan una mayor participación de la sociedad civil en los procesos de toma de decisiones.

En suma, hacemos un llamado a los gobiernos de la región a elevarse al nivel de sus propios compromisos y trabajar para garantizar el libre ejercicio de las libertades de asociación, protesta

pacífica y expresión, creando así un ambiente propicio para que la sociedad civil pueda hacer su contribución al buen gobierno y el desarrollo sostenible.

Signed/ Firmado por



Lars Dietzel

